

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## Camino de unidad, camino de santificación [Drive road, path of sanctification]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Monti, Emilio N.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-03 11:22:58
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/155657">http://hdl.handle.net/20.500.12424/155657</a>

## **Camino de unidad, camino de santificación. Reflexiones sobre la experiencia ecuménica**

*Emilio N. Monti*

“Todos llegaremos a ser vecinos en una villa global, negros y blancos, ricos y pobres, cristianos, islámicos, budistas, seguidores de otra fe o ateos. Divididos por nuestras diferencias y tensiones, todavía no sabemos como vivir juntos en un mundo en el cual estamos obligados a vivir juntos en una comunidad”<sup>1</sup>

Más que de las decisiones, resoluciones y declaraciones, fácilmente accesibles a todos, quisiera comunicar reflexiones sobre lo visto y oído en la VIII Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (CMI). Quisiera compartir y exponer las experiencias que dieron nueva luz a mis convicciones y opiniones previas, para reafirmarlas o modificarlas, aventurándome a imaginar las nuevas sendas que se insinúan para la unidad y la misión. Porque considero que, así como hoy vivimos una experiencia de diálogo que los que nos precedieron no imaginaban siquiera, así los que nos sigan vivirán una profundización de esta experiencia por caminos que hoy nosotros ignoramos. Este pensamiento resulta fascinante, pero también inquietante, porque nos inquieta imaginar que lo que hoy tenemos como cosa firme... podrá cambiar mañana.

### ***Sólo somos en relación con los otros***

Hablando de la de la creación de un foro, con todo el riesgo de apertura que ello implica, fue corriente oír afirmaciones tales como: *debemos arreglar nuestras cuestiones internas, para poder establecer nuevas relaciones* o *debemos profundizar las relaciones existentes antes de ampliarlas*.

---

<sup>1</sup> Presentación inicial de Aram I, moderador del CMI.

No sé cómo esto funcionaría en el CMI pero una larga experiencia me avisa que cuando se siguió ese camino, no se llegó nunca a relacionarse efectivamente con otros... ni nunca se arreglaron del todo las cuestiones internas. No porque no sea sabio resolver problemas internos que pueden ser obstáculos a la relación con otros, o porque no hubiese una buena intención, sino porque, a mi entender, el proceso se da a la inversa. O mejor dicho, se da con ambos factores estrechamente relacionados, de tal manera que no es posible hablar de qué va antes y que va después.

Si analizamos seriamente el fenómeno del crecimiento de la iglesia (dejando de lado los juicios de valor), podemos observar lo que parece ser una constante: *iglesia que se abre crece*, porque renueva y fortalece su tarea misionera, *iglesia que se cierra muere*, porque acaba perdiendo el sentido de su misión. Desde el Nuevo Testamento, la iglesia crece cuando es urgida por la misma Palabra a dar razón de su fe<sup>2</sup>.

Cuando tenemos que dar testimonio de la Palabra, ante la necesidad del otro, que nos desafía, es cuando templamos nuestro testimonio en palabra y en acción. Entonces, descubrimos significados y alcances de esa Palabra para nosotros mismos, que no hubiéramos encontrado de otra manera. En este sentido podemos afirmar que cuando evangelizamos nos evangelizamos, y aun más, que somos evangelizados en el otro. “Nada eres, ni nunca te encuentras a ti mismo, sino en relación con los otros; y lo que eres, lo eres en virtud de esa relación”.<sup>3</sup>

### ***El riesgo de exponerse***

Es la demanda y el desafío del otro lo que nos obliga a considerarnos a nosotros mismos, a afirmarnos o a rectificarnos, si es necesario. Porque el crecimiento en el conocimiento de la fe es un proceso continuo. *Cuando tenemos armadas todas nuestras respuestas, aparecen siempre nuevas preguntas.*

Por eso no puede haber encuentro y apertura sin el riesgo de quedar *expuesto* (en el sentido más propio que tiene el término *expuesto*, al menos en nuestra lengua castellana, esto es, *ser abandonado desnudo en medio de la calle*). No puede haber diálogo sin el *coraje* de exponer, revisar y corregir, incluso aquellas cosas que nos parece tener más firmes.

Pero para el ser humano, el ser que más desprovisto nace en este mundo<sup>4</sup>, no es una camino fácil. Por eso construimos con nuestras manos, o nuestras mentes, estructuras de seguridad, en las que nos encerramos para evitar el encuentro. O, aun peor, convertimos los caminos de encuentro en marchas de

---

<sup>2</sup> 1 Pedro 3.15

<sup>3</sup> Søren Kierkegaard

<sup>4</sup> Erich Fromm

conquista. ¿Pueden creer que hay comunidades que prohíben a sus fieles dar testimonio de su fe, para evitar la confrontación? ¿O será que yo estoy distorsionado por mi enseñanza primaria en la fe que me empujaba a estar siempre listo para dar razón de la fe? Abriéndonos, en el encuentro y el diálogo, con todos los riesgos que implica exponerse, es cuando crecemos, afirmando o corrigiendo las propias posiciones. Cuando no corremos ese riesgo, es fácil convencernos de que nuestras prácticas y creencias son originales y únicas.

En mi experiencia, por ejemplo, no aprendí nada del movimiento pentecostal... hasta que en el diálogo con ellos tuve que fundamentar las críticas que hacíamos en el grupo donde siempre estábamos de acuerdo. En la experiencia más personal, como otro ejemplo, no alcancé a entender el real significado de las afirmaciones feministas... hasta que tuve que vérmelas con mis hijas adolescentes.

### *Perdonarnos para ponernos de acuerdo*

Nadie crece aislado, especialmente si se supone ser parte de un  *cuerpo*. Sobre todo, cuando decimos que ése es el  *cuerpo de Cristo*. Siempre tuve claro que debíamos  *ponernos de acuerdo para juntarnos*. Pero la experiencia me enseñó que es al revés, debemos  *juntarnos para ponernos de acuerdo*, o simplemente  *juntamos para estar juntos*. Porque el  *estar juntos*, en la  *comunidad de los creyentes*, es una demanda que nace de la naturaleza misma del evangelio que hemos recibido.

La unidad es una condición necesaria para la comprensión y el acuerdo, previa a todo intento de superar diferencias y conflictos. Si sólo nos juntamos con aquellos que son iguales que nosotros, o al menos parecidos, ¿qué hacemos de más? ¿Acaso  *no hacen lo mismo los publicanos y los gentiles*?<sup>5</sup>

Para que este camino hacia la unidad sea posible, es necesario un  *clima de perdón*, porque  *juntarnos es perdonarnos*.  *Arrepentimiento y perdón* son pasos previos a cualquier  *arreglo* o acuerdo. Antes de perdonar no hay acuerdo ni arreglo posible. Procurar la reconciliación sin haber perdonado, es un camino penoso e inútil, puesto que todo intento de resolución  *con explicaciones, sin perdón*, es interpretado y juzgado equivocadamente. O mejor dicho, interpretado y juzgado en la  *mala onda* de la enemistad. Es necesaria una  *buena onda*, para poder arreglar los conflictos o diferencias en amor y en verdad. Es necesario el  *perdón* para que pueda haber  *reconciliación*.

Esta es la manera de Dios. Su perdón es una iniciativa previa de su gracia, sin la cual ni siquiera podríamos tomar conciencia de nuestro pecado.  *Perdón* que

---

<sup>5</sup> Mateo 5.46-47

tiene el precio de la cruz de Cristo (de la *exposición* de Jesús en al cruz) *Perdón* que no podemos recibir, si no estamos dispuestos a *perdonar* y dispuestos a aceptar *ser perdonados*. Vivir en un *clima de perdón*, es *vivir la gracia de perdonar y ser perdonado*. Y siento que es más fácil lo primero que lo segundo. En el perdonar uno podría descubrir una cierta solidaridad (*a todos nos pasa*), cuando no una cierta complicidad. Pero el admitir ser perdonado implica un arrepentimiento, expresado en una confesión que nos deja expuestos no una confesión general y abstracta como las que solemos hacer por gentileza (*perdón por sí acaso, vaya uno a saber, quien sabe, quizá, pudiera haberme equivocado*). Sino la confesión concreta que surge del reconocimiento de acciones y pensamientos que concretamente nos separan del amor de Dios y entorpecen nuestras relaciones de amor fraternal. Una confesión que requiere humildad y reconocimiento mutuo.

### ***La redención de la institución***

Sin duda, todo sincero creyente está dispuesta o dispuesto a hacer esta confesión y reconocimiento de su pecado personal, de sus limitaciones, de sus errores y de sus equivocaciones. ¡Pero cuánto nos cuesta pasar de la confesión personal a la confesión institucional! ¡Qué difícil es pasar de una actitud de humildad personal a una actitud de humildad institucional! ¡Qué difícil es pasar del reconocimiento mutuo entre personas al reconocimiento mutuo entre instituciones! Sin embargo, aunque difícil de realizar, es fácil del entender.

Toda institución, aun la religiosa (¿o principalmente la religiosa?), responde a la necesidad de seguridad y coherencia de la condición humana. La institución trasciende la experiencia personal y el tiempo de existencia de una comunidad, afirmando una visión y tradición comunes. Personalmente, no puedo ir tan lejos como para imaginar una cultura sin instituciones, ni un cristianismo sin iglesia. Por ello, insistimos tanto en asignar a la institución características que no asignaríamos a cualquiera de sus miembros individualmente, dando a la institución un carácter eterno (*yo paso, la iglesia no*) y de infalibilidad (*yo puedo equivocarme, pero la iglesia no*). Como si la iglesia no viviera también en la tensión de ser una *creación de Dios*, pero a la vez una *institución humana* (incluyendo las tentaciones demoníacas de toda institución humana). Como si la institución eclesial no tuviera que ser redimida, como redimibles son los seres humanos que la integran. ¿Necesito poner ejemplos?

Expresamos nuestras experiencias de fe y alimentan creencias, nuestras creencias se traducen en doctrinas, y las doctrinas se hacen dogmas. ¿Podría ser de otra manera, en esta vida humana? No hay nada impropio en esto, puesto que responde a una necesidad de la naturaleza humana. El problema sobreviene cuando olvidamos el carácter instrumental (precario, fragmentario y provisorio) de toda experiencia y construcción humana, y hacemos de ellas la única medida y de la *verdadera iglesia*, o parámetro de toda experiencia religiosa.

### *El templo del Señor*

En este proceso, la institución eclesial, nacida de la comunión de los creyentes, tiende a convertirse en una autoridad que decide quiénes son los creyentes y quiénes no. Después de todo, toda institución religiosa, tiene el derecho (más que derecho, la necesidad) de establecer el fundamento y los límites del acuerdo o pacto que le dio vida. Entonces, aplicando el *carácter transitivo*, se convierte en juez de quienes se salvan y quienes no. Pero el *carácter transitivo* existe en la física y en las matemáticas, no en las experiencias de fe y vida.

En el *diálogo* interreligioso, en los últimos años, he aprendido a dar siempre gracias a Dios, en mis oraciones, porque él se reservó en su sola gracia decidir quiénes son salvos y quiénes no, quiénes son creyentes y quiénes no. Porque, así, él me eximió a mí de una carga que por mucho tiempo, equivocadamente, creí que pesaba sobre mis espaldas. A mí me ha dejado, nada más ni nada menos, que anunciar el camino de salvación que me reveló en Jesucristo. Después de todo, he sido llamado a anunciar la salvación, no la perdición.

Desde el fondo mismo de la profecía hay una advertencia y un rechazo a esta identificación de la fe con la institución religiosa y sus formas: “*no se confíen diciendo el Templo de Yavé, el Templo de Yavé, el Templo de Yavé, es este*”<sup>6</sup>. *¿Cuántas veces defendimos la institución, el Templo*, pensando que estábamos defendiendo a Dios? Siendo que, para nosotros, Jesús, *la Palabra viviente*, está en lugar del Templo.

### *Las murallas del Templo*

Partiendo de aquí, pasar a la *guerra santa* (expresión no siempre usada sólo en sentido figurado) parece ser una consecuencia necesaria o al menos inevitable. *¿Cuántas veces nosotros mismos nos destruimos mutuamente, creyendo estar haciendo un servicio a Dios?*<sup>7</sup> Así como aprendí a dar gracias a Dios porque me exime de la carga de decidir quiénes se salvan y quiénes no, le alabo porque *él es mi defensor*, y no yo quien tiene que defenderlo a él.

¿Cuántas veces ocultamos la verdad de la revelación con nuestros intentos de protegerla! Desde mi época de estudiante, guardo como fuente de inspiración las palabras atribuidas a un notable rabino, anterior al tiempo de Jesús: “*Hemos levantado murallas tan altas alrededor de Jerusalén, para proteger el Templo... que ya nadie puede ver el Templo*”.

La *institución* y el *movimiento* espiritual son dos caras de la misma moneda, que no pueden a mi entender existir la una sin la otra. La iglesia, por ser *creación de Dios* con una *estructura humana*, vive en esa tensión que solo se resuelve en el

---

<sup>6</sup> Jeremías 7.4

<sup>7</sup> Juan 16.2

reino de Dios (la *nueva Jerusalén celestial*, en la que *ya no habrá templo*, porque *Dios de todo poder y el Cordero estará en medio de ella*<sup>8</sup>). La iglesia es de alguna manera el reino de Dios, pero no es todavía el reino de Dios.

### ***No puedo ser rebelde a la visión que recibí***

Pero, ¡qué difícil se nos hace comprender y vivir la dialéctica de la libertad, entre la gracia y la ley, entre *el Espíritu y la letra* (el apóstol Pablo lo sabía bien), entre la institución y el movimiento! ¡Qué insoportable se nos puede hacer esta tensión! Tanto, que intentamos resolverla para un extremo o para el otro. Entre la fe hecha totalmente objetiva en la institución o totalmente subjetiva en la experiencia íntima. Mientras no superemos esta alternativa, la respuesta a la vocación de unidad se nos confundirá siempre. Entre una organismo necesariamente legalizado y jerarquizado, o una experiencia sin cuerpo. Por eso, tanto la institución eclesial como la experiencia personal, deben ser redimidas y constantemente renovadas por la gracia de Dios.

En esta dificultad de movernos dialécticamente, solemos navegar entre el *fanatismo* y la *liberalidad*, (quizá no encontré los términos exactos), entre el *yo tengo la verdad* y el *todo da lo mismo*. Así al menos me pasó a mí.

Mi encuentro personal con Dios en Jesucristo, su revelación, cambió de tal manera mi vida, que *no puedo ser rebelde a la visión celestial*<sup>9</sup>. Su Palabra da razón y sentido a mi existencia. Sin ella, todo me parecería perdido. ¿Cómo no me voy a aferrar a ella con todas mis fuerzas? ¿Cómo no alabar su manifiesta grandeza, en la adoración? ¿Cómo no expresar la fe con coherencia doctrinal, para comunicarla a todos? ¿Cómo no vivir la nueva vida del Espíritu, con una ética pertinente? Pero esa misma revelación de Jesucristo me llama con una vocación ecuménica (realmente *ecuménica*, en su pleno sentido). Entonces, ¿cómo ser fieles a la visión, sin renunciar a la vocación ecuménica? ¿Cómo exponer nuestra fe en un mundo pluralista? ¿Cómo evitar ese desagradable sentimiento de que se nos mueven los cimientos? Doy gracias a Dios que me libró de esta última inquietud (pero me quedan las otras dos), porque tengo *una fe muy débil*, pero *en un ser muy poderoso*.

Mi fe está en *aquél que habita en luz inaccesible*<sup>10</sup>, *el resplandor de cuya gloria no puedo mirar de frente*<sup>11</sup>. En aquél que por mi bien, para que pudiera verlo, se manifestó como ser humano en Jesús de Nazaret. Los cimientos están en su *autor*, que en su revelación se garantiza a sí mismo, por eso no temo que se muevan. Los cimientos de mi fe se conmovieran si creyera que ella depende de mi

<sup>8</sup> Apocalipsis 21.2, 3, 22

<sup>9</sup> Hechos 26.19

<sup>10</sup> 1 Timoteo 6.16

<sup>11</sup> Exodo 33.20

comprensión y de mi interpretación de esa revelación. Si nuestras variadas teologías fueran el fundamento de la fe, ¡qué endeble cimientos tendríamos!

### *¡Gran verdad! ¿o gran mentira?*

Permítanme decirlo de esta manera. Oímos decir, y lo repetimos cada vez que no encontramos para dialogar y proyectar acciones comunes, que *somos uno en la misma fe, por un bautismo, unidos en una misma comunión, con un ministerio común*. ¡Esto es una gran verdad!... ¿o una gran mentira?

Pienso, que esta puede ser *una gran mentira*, si la vemos como nuestra obra. No sólo estamos divididos en las distintas maneras de practicar el bautismo y la comunión, sino también en su fundamentación doctrinal. No sólo estamos divididos en nuestra comprensión del ministerio, sino que ni siquiera nos reconocemos mutuamente. No sólo estamos divididos en muchas de nuestras afirmaciones de fe, sino aun en nuestra manera de interpretar la revelación y la Escritura.

Creo, sin embargo, que *esta es una gran verdad*, si la vemos como la acción de Dios. Estamos unidos en el bautismo por el nombre de aquél en quien lo hacemos. Estamos unidos en la comunión por la presencia de aquél a quien invocamos. Estamos unidos en un común ministerio por aquél a quien servimos. Estamos unidos en la misma fe porque uno es quien obra la fe en las y los creyentes. Más allá de nuestras prácticas, de nuestras doctrinas, de nuestras normas y nuestras instituciones precarias, fragmentarias y provisionarias, obras de nuestras manos, o de nuestras mentes, que es lo mismo... ¿o peor?

Digámoslo de una vez: no es la doctrina la que crea la fe, sino la fe la que construye la doctrina. No es la institución eclesial la que forma creyentes, sino la comunidad de los creyentes la que conforma la iglesia. No es la liturgia la que se asegura la verdadera adoración, sino que son los *verdaderos adoradores* los que celebran la liturgia. No es el ministerio el que presenta a Jesucristo, es Jesucristo el que se hace presente en la palabra del ministro por su Espíritu. No es mi ética la que me da la nueva vida, es la nueva vida en Cristo que poder de su Espíritu me impulsa a la búsqueda de un estilo de conducta adecuado a ella. La *fe* precede a la *ley*, y la *promesa* precede a la *fe*.

Nuestras prácticas litúrgicas, nuestras doctrinas y nuestras normas éticas pueden ser diferentes, pero no debieran separarnos. Si no separan, es porque no entendemos su carácter relativo e instrumental ante el carácter absoluto y fundamental de la revelación de Dios en Jesucristo... aunque digamos otras cosa. He notado, incluso, que algunos que participan de una actitud abiertamente no institucional, con un fuerte énfasis espiritualista, insisten en la observancia de liturgias, credos y normas éticas, como sin darse cuenta de su carácter institucional.

### *Mi historia de fe, una historia de fe*

Podrán decirme que sea consecuente conmigo mismo y aplique todo esto a mí mismo... y así lo hago. Ciertamente, mi experiencia de *encuentro personal con Dios en Jesucristo* esta arraigada en una comunidad con características propias, aunque apela a una larga tradición.

Una comunidad *tolerada* por mera exigencia del comercio internacional (no es casualidad, que en Argentina, la primera declaración que permite a los evangélicos residentes en el país a ejercer su culto, sólo en su idioma, aparezca en unas breves líneas del *Tratado de Libre Comercio* de 1825) y *nacionalizada* por el empuje de nuevos convertidos, en su mayoría inmigrantes italianos y españoles (disconformes con la *iglesia oficial*, pero que no habían renunciado a su fe cristiana) que reciben la iglesia evangélica como un *cristianismo alternativo*. Creyentes que tuvieron que vivir su fe en un *ambiente cristiano hostil* a su presencia, sólo superado por su *celo evangelizador* (aún otros evangélicos, en la Conferencia de Edimburgo, en 1910, se negaron a admitir representantes de América Latina, porque no lo consideraban *territorio misionero*).

Este trasfondo antirromanista y anticlerical, el empuje evangelizador, el vivir la fe como una minoría discriminada (que alcance a experimentar en mi infancia y juventud), la consecuente lucha por la libertad religiosa, animó de una manera particular a la naciente comunidad. Sería prueba de una gran ingenuidad histórica, suponer que esto no haya afectado, de una manera distintiva y reactiva, la liturgia, las doctrinas y estilo de vida evangélico, así como la forma de nuestra relación con la sociedad y el estado, y con la *iglesia oficial*... y aun nuestra manera de interpretar y predicar la Palabra.

Dentro de este marco, recibí el mensaje del evangelio de una comunidad que se reconocía heredera del *movimiento* metodista, nacido en el seno de una *institución*, sobre la base, y única base, de reconocer a Jesucristo como Señor y Salvador. En la cual aprendí, de acuerdo con su liturgia, a declarar, antes de repetir el Credo u otra afirmación o confesión de fe: *allí donde está el Espíritu de Dios, allí está la única y verdadera iglesia*. Una comunidad que, además, se sentía defensora de los principios de la Reforma, de la *sola gracia, sola fe, la sola Escritura*, y de una iglesia *siempre reformándose*.

Sería, otra vez, prueba de una gran ingenuidad histórica, y un engañarme a mismo, suponer que esta manera de ver la institución eclesial, que este énfasis en la temporalidad y el continuo transformarse, no tuviesen nada que ver con todo lo que he dicho acerca de mi manera de comprender la institución eclesial (por algo, cuando era estudiante de filosofía, me resultaba más simpático Heráclito que Parménides) y de mi manera de comprender la fe como experiencia personal (fuertemente coloreada, mucho más de lo que estaría dispuesto a reconocer, por el pietismo de mi formación primaria).

Nuestra historia personal influye en nuestra manera de interpretar los Credos y doctrinas de la Iglesia y aun en la manera de interpretar el propio texto bíblico. ¿Hay alguna duda de que todo esto ha de caracterizar también nuestra propia manera de comprender la *santidad, unidad* y *catolicidad* de la iglesia y, por lo tanto, de *comprender y vivir el ecumenismo*?

### *Una luz, muchos resplandores*

Imagino que todos podrán trazar su propia historia de fe, con su propia resonancia. Como una misma pieza musical sinfonía, tocada por el mismo intérprete, adquiere resonancias diferentes en ámbitos acústicos diferentes. Sin embargo, si es ejecutada con fidelidad, sigue siendo la misma sinfonía y podemos reconocer en ella el mismo genio de su compositor. De la misma manera, el evangelio, revelado por el mismo Espíritu, adquiere resonancias diferentes en ámbitos históricos, culturales y sociales diferentes. Los que hemos recibido y aceptado la revelación de Dios en Jesucristo, no podemos delante de él engañarnos. Cuando la Palabra revelada en Jesucristo pasa por el filtro de nuestra experiencia y de nuestro pensamiento se abre en un abanico de interpretaciones.

Todas las iglesias del Consejo deben aceptar una confesión de fe trinitaria. Pero, ¿estamos seguros que, cuando confesamos la fe en Dios Trino, todos queremos decir lo mismo? Cuando confesamos la humanidad y divinidad de Cristo, central en la doctrina trinitaria, ¿estamos seguros que la interpretamos todos de la misma manera?

No podría imaginar siquiera una fe cristiana sin la afirmación de la esperanza del Reino de Dios. Pero, ¿todos compartimos la misma imagen del Reino? ¿es lo mismo hablar de un *reino realizado*, o de un *reino anticipado*, o de un *reino para el más allá* (sea milenarista o no)? ¿Y cual es más evangélica? ¿Cuál interpreta mejor la Escritura? ¿Es lo mismo leer las palabras de Jesús como *el reino de los cielos “entre” vosotros está* o leer *el reino de los cielos “en” vosotros está*?<sup>12</sup>

Se podrían poner más ejemplos, pero creo que no hace falta. Estoy seguro que todos, en nuestros mejores momentos, a solas con Dios, reconocemos lo limitado de nuestra experiencia y de nuestro pensamiento y enfrentamos, a solas con Dios, nuestras dudas. La pregunta es si nuestras experiencias y pensamientos, animados por el Espíritu Santo, se podrán abrir como los colores del arco iris, mostrando *la multiforme riqueza de la sabiduría de Dios*<sup>13</sup>, *aunque colocada en vasos de barro*<sup>14</sup>, en lugar de ser motivo de discordia. Si podemos ser *muchos*

---

<sup>12</sup> Lucas 17 21

<sup>13</sup> Efesos 3 10

<sup>14</sup> 2 Corintios 4 7

*resplandores de una sola luz, muchas ramas de un solo tronco, muchos dones pero un solo amor, el amor de Cristo.*<sup>15</sup>

### ***No me interesa dialogar con quien no quiere convertirme***

Vividas así, nuestras diferencias no tienen porqué ser motivo de enfrentamiento, sino oportunidades de diálogo. Sin negarlas, pero sin imponerlas, nuestras creencias serán la base del diálogo para confrontarnos en verdad. Si pudiéramos aceptar esto, lo que no es tan fácil, aunque parezca tan obvio, habremos aprendido lo que querían quienes nos precedieron en Amsterdam: *Tenemos que pedir a Dios que nos enseñe a todos a decir “no” y a decir “sí” en la verdad.*<sup>16</sup> Es importante insistir en esto, porque así como corremos la tentación de hacer de nuestra experiencia, de nuestra comunidad o de nuestra institución eclesial el único modelo posible, también hemos cedido a la tentación de pensar que toda experiencia religiosa da lo mismo.

Este relativismo inconsistente pasa a menudo por una real actitud amplitud y apertura. Sin embargo, es sólo una fachada que oculta el temor a exponerse, que es síntoma de una actitud cerrada y exclusivista. Esta supuesta amplitud, al no ofrecer base alguna para el diálogo, se convierte en cerrazón. En todo caso, niega la posibilidad de que los seres humanos puedan *llegar al conocimiento de la verdad* en la búsqueda común, entonces hay que imponerla. El exclusivismo es siempre autoritario. El relativismo es un obstáculo al diálogo y al encuentro, tanto o más que el fanatismo. Los extremos se tocan porque no puede haber diálogo sin convicciones firmes.

Me impresionaron las palabras de alguien que dijo<sup>17</sup> que no tenía interés en dialogar con quien *no* quisiera convertirlo (uno está acostumbrado a oír lo contrario). Y lo explicaba diciendo que si no quería convertirlo, era porque él mismo no estaba realmente convencido del valor de sus creencias. Sólo las convicciones firmes, defendidas con honestidad y humildad, son base adecuada para el diálogo. Y esto tiene que ver con la fidelidad.

### ***Honestidad delante de Dios***

Un hermano pastor, del que fui ayudante, en el comienzo de mi ministerio, me dijo algo que, desde entonces, adopté como principio en mi participación ecuménica: *la unidad no puede ser conseguida a costa de la fidelidad.* Y digo más, sin fidelidad la unidad conseguida es una unidad falsa. De otra manera deberíamos condenar a cuanta persona reformó y renovó la vida de la iglesia... incluso los

<sup>15</sup> De un hermoso cántico del compositor sueco Anders Frostenson.

<sup>16</sup> Mensaje de la I Asamblea del CMI.

<sup>17</sup> Milan Machovec, en “Evangelism and Missionary Activity from a Marxist Viewpoint”.

apóstoles. Pero, ¿fidelidad a qué o a quién? Hablando de ampliar el diálogo con otros, alguien tomó la analogía del matrimonio. Abrir el diálogo con otros sería, en la comparación, como una especie de infidelidad matrimonial con aquellos con los que ya se está dialogando. La *analogía del matrimonio* tiene la ventaja de ser bíblica. Pero, en el mensaje profético, la analogía de la infidelidad sólo se aplica a la relación de Dios con su pueblo. En tanto que, en este contexto, parece presuponer que la fidelidad es a una experiencia personal, a una doctrina de fe o a una institución eclesial.

Que quede claro. La fidelidad de la que hablamos es fidelidad al dador de esa experiencia, al inspirador de esa fe, al Señor de esas instituciones. Aun cuando esa fidelidad se exprese por esos medios particulares, a los cuales debemos lealtad en la medida humana.

El camino de la unidad comienza y se perfecciona con la fidelidad a aquél que llama. Pero la fidelidad no es un atributo personal, es un don que se enriquece y se perfecciona por la obra del Espíritu. El camino de la fidelidad y el camino de la unidad, son sendas de un mismo *camino de santificación*. En este camino nuestra propia fidelidad y unidad, nuestra honestidad delante de Dios, están puestas bajo su juicio, en un proceso de renovación y corrección continua del Espíritu Santo.

### ***Volver a Dios, volver a nacer.***

¿Cómo puede hacerse esto sin conversión? *Volver a Dios* (este fue el lema de la Asamblea) es volver a nacer en conducta y en pensamiento. Es cierto que cada uno tiene su propia historia personal, aunque vivimos una *historia global*, para bien o para mal. Y porque quiero un mundo *ecuménico* en su pleno sentido, anhelo que mi pequeña historia con otras pequeñas historias se unan en una gran historia. Una historia, que no sea *mi* historia, ni *tu* historia, sino *SU* historia. Esto sólo será posible si no decidimos a andar juntos en el camino de la santificación. Un camino continuo de oración, de arrepentimiento y conversión, de comunión con lo eterno y por ello de comunión con todas las hijas e hijos de Dios. Un camino en el cual, juntos (no puede ser de otra manera), seamos continuamente corregidos y renovados por el Espíritu. Andar este camino implica cambiar rumbos, por bien que nos parezca que estamos caminando. Andar este camino implica cambiar nuestros presupuestos, por inconmovibles que nos parezcan.

La santificación es el camino de la rectificación de nuestras experiencias y creencias primeras, aún sabiendo que no llegaremos nunca al verdadero conocimiento, *hasta que conozcamos como somos conocidos*.<sup>18</sup> A todos nos resulta difícil corregir y cambiar nuestra conducta. Pero estoy seguro que todos admitimos

---

<sup>18</sup> 1 Corintios 13.12

que debe ser constantemente renovada y corregida por el Espíritu. Sin embargo, puesto que vivimos en una cultura que privilegia la palabra sobre la acción, no siempre estamos tan dispuestos a aceptar que nuestros pensamientos también tienen que ser cambiados, constantemente renovados y corregidos por el Espíritu. Por esta razón nos resistimos a que nuestras doctrinas sean renovadas y corregidas, aun por el Espíritu.

Ocurre que la palabra es tan importante para el ser humano (algunos la usamos demasiado), que muy fácilmente llegamos a confundir *nuestras palabras* con *la Palabra*. Olvidamos que tanto la conducta como el pensamiento tienen que ser santificados, porque “*los caminos de Dios son más altos que nuestros caminos y sus pensamientos son más altos que nuestros pensamientos... tan lejos como está el cielo de la tierra*”<sup>19</sup>.

Nuestras palabras y doctrinas necesitan ser santificadas, de la misma manera que nuestras acciones deben ser santificadas. Después de todo, la *ortodoxia* es la *santidad de las palabras*, así como podemos decir que las *la ortopraxis* es la *santidad de las acciones*.

¿No debiéramos entonces practicar un ascetismo intelectual, de la misma manera que un ascetismo moral? La santificación de la ética debiera ir acompañada de la santificación de la doctrina. ¿Por qué habríamos de privilegiar el pensamiento sobre las acciones? De otra manera seremos supersticiosos. Seguramente nos cuesta pensar que podemos ser supersticiosos. Puesto que siempre imaginamos que supersticioso es el otro, el que cree algo distinto de lo que nosotros creemos.

Sin embargo, considero que lo supersticioso no está en el contenido de la creencia, sino en la estructura de nuestro pensamiento, la manera en que lo creemos. La superstición es una primera experiencia y una primera creencia que no somos capaces de poner en presencia de Dios para su santificación. Experiencia o creencia que aceptamos como inmutable, infalible e inalterable, que no queremos corregir ni siquiera cuestionar. Supersticiosas son las creencias y doctrinas que no queremos o no nos atrevemos a poner bajo la corrección del Espíritu de Dios. Y no estamos dispuestos a hacerlo, porque hemos confundido nuestras palabras con *la Palabra*.

### ***Hasta que compartamos el pan en el reino de Dios***

Les voy a contar cómo Dios me está probando, en el diálogo interreligioso. Al concluir la Conferencia de Fe y Constitución en Santiago de Compostela (Dios no siempre me lleva a lugares tan hermosos como ese para probarme), hubo tres celebraciones diferentes de la Eucaristía. Los evangélicos celebramos la Santa

---

<sup>19</sup> Isaías 55.8-9

Cena en un lugar donde, como fondo, escuchábamos el canto, la música y las campanillas de la celebración ortodoxa. Mis hermanas y hermanos evangélicos se sintieron dolidos unos y decepcionados otros, muchos no pudieron disimular sus lamentos y algunos no pudieron ocultar su condena. Pero, curiosamente, yo no sentí así. Más aún, lo viví casi con naturalidad. ¿Sería una falta mía?. Quizá. Pero ocurre que en esos días, en el diálogo honesto, comprendí a mis hermanas y hermanos ortodoxos... o al menos creí comprenderlos en su sentir.

Traté, entonces, de hacer entender a mis hermanas y hermanos evangélicos que en la visión de la revelación de Dios en Jesucristo que ellos recibieron, no podía ser de otra manera. Si los unos y los otros hubiésemos hecho *concesiones* para una celebración común por mero compromiso; *porque queda mal terminar así una reunión de unidad*, habríamos sido todos rebeldes a la visión recibida, y la *unidad*, silenciando las diferencias, no sería más que un disfraz. Así como yo afirmo que no puedo ser rebelde a la visión recibida, no sólo debo *tolerar*, sino aun *alentar*, a que el otro sea fiel a su visión. De otra manera, la unidad no sería más que un arreglo de cortesía o de conveniencia o, aun peor, de imposición. Esta no es la unidad a la que el Señor nos llama.

Dios ya me había probado antes, en un tiempo y un lugar de represión (no como en Compostela). Participaba en una misa en memoria de un hermano sacerdote católico, en la misma iglesia de barrio frente a la cual fuera acribillado a balazos por su testimonio. Era tal mi identificación, que cuando llegó el momento de compartir la Eucaristía me sentí empujado a participar. Sabía que si lo hacía quizá nadie se daría cuenta. Y si se hubiesen dado cuenta las amigas y amigos con quienes compartíamos el testimonio, no me lo habrían impedido. Pero no lo hice. No por mí, porque no habría sido incompatible con mis creencias, sino por ellos. No lo hice, porque la honestidad del diálogo demanda respetar las visiones de los demás, no haciendo lo que para ellos no debe hacerse. Entonces, me quedé allí, sentado en el último banco participando *en Espíritu*, sabiendo que alguien mayor había sido invocado allí, cargando el costo de la participación, o de la falta de participación, hasta que pudiéramos *compartir el pan en el reino de los Dios*<sup>20</sup>.

Así la prueba me enseñó a vivir el ecumenismo, como parte de mi humanidad, sin la carga de la culpa (porque mi Señor me asegura que él la cargó sobre sus espaldas), confiado en su promesa, hasta que *todos seamos puestos bajo una sola cabeza*.<sup>21</sup>

Si podemos ser fieles a la visión que hemos recibido, aceptándonos mutuamente, si podemos ser honestos delante de Dios, aun a pesar de nuestras diferencias (¿hay algo más incompatible con la posición ortodoxa y católica de la

---

<sup>20</sup> Lucas 14.15, que sigue al pasaje de los convidados a la boda.

<sup>21</sup> Efesios 1.9-10

participación en la Eucaristía que la tradición wesleyana de la *mesa abierta* que he recibido?), si podemos hacerlo sin rasgar nuestras vestiduras por ello, si fuésemos capaces de entenderlo así, con honestidad, y poder llegar a entender al otro, de modo que podamos sentir como el otro siente, habremos avanzado más en el camino de la unidad que con declaraciones hechas de compromiso, por mera cortesía.

Seguramente, en una etapa del diálogo en la que debemos quebrar la incomunicación de siglos, es importante la cortesía. Pero la comprensión y el conocimiento mutuo avanzan con la aceptación y la comprensión de las diferencias y su superación. ¿No pasa así con la conversión? ¿No es así el camino de la santificación? Después de todo, el conocer nuestras reales diferencias, por interés de la honestidad y fidelidad, es destruir los fantasmas de las diferencias marginales, que suelen ser el resultado de otros intereses.

El camino de la unidad es un camino de santificación, por lo que nunca va a ser realidad plena en las cambiantes estructuras humanas. La unidad de la iglesia existe como promesa, y caminamos hacia ella con esperanza. En este caminar, como en todo camino de santificación, nos remitimos en última instancia al juicio y a la gracia de Dios. Un hermano pentecostal, con quien andamos juntos en el camino de la unidad, me decía: *¿No dice la Escritura que la gracia de Dios cubre multitud de pecados, como no va a poder entonces cubrir algunos errores doctrinales?*

### ***Dios de todas las naciones***

Pero ¿se acaba aquí? ¿Vale esto para todos los seres humanos? ¿O Dios es sólo de los cristianos (*como una secta de los varones blancos occidentales*)? No voy a ir tan lejos en estas páginas. Pero estoy seguro que el nuevo siglo, se caracterizará por el diálogo interreligioso en formas que no imaginamos.

Dios me reconvirtió en el monte chaqueño<sup>22</sup>, en el esfuerzo junto con mis hermanas y hermanos indígenas por comprender el texto bíblico a la luz de sus creencias tradicionales, recuperando la ancestral sabiduría de su pueblo (aquella que ahogamos, por que la llamamos *superstición*). Esto también es parte de mi historia de fe personal.

Les narro otra experiencia. En un momento de gran prueba personal, en que clamaba a Dios por una respuesta, me senté frente al televisor a mirar una película. En ella, el genio de su autor me ayudó a encontrar una respuesta que me permitió profundizar mi fe en Jesucristo y superar ese momento de carga. Desde entonces el Señor no deja de probarme con la misma cuestión rondando mi cabeza: si la inspiración de Kurozawa (que al menos no es un creyente del modo que lo soy yo)

<sup>22</sup> Zona del noreste argentino en la que compartimos un proyecto de capacitación de dirigentes indígenas.

iluminó mi conocimiento de la revelación de Jesucristo, ¿no tengo que aceptar que el espíritu que lo inspiró a él y el que se me manifestó plenamente en Jesús de Nazaret es el mismo Espíritu? ¿No conozco, acaso, por esa misma revelación en Cristo, que Dios es *uno* y no se contradice?

Y sigo con lo que ronda mi cabeza. ¿No podemos decir que allí donde hay amor, donde hay una manifestación de paz y de justicia, está obrando el Espíritu de Dios, la misma Palabra eterna revelada en Jesucristo? ¿No conozco, acaso, por esa misma revelación en Cristo, que no hay otra fuente de amor, de paz y de justicia?

Por lo mismo, estoy convencido que reservar el término *ecumenismo* sólo para la relación entre los cristianos, o aun ampliado a los de otras creencias religiosas, es limitar el sentido mismo del término *ecuménico* (mucho menos me agrada inventar otro término, como *macroecumenismo*, por ejemplo). Demos al término *ecuménico* su pleno sentido: una humanidad viviendo junta en armonía, en un mismo hogar, siendo este hogar el mundo entero de Dios, *con todo lo que en él hay*<sup>23</sup>. Pero prometí que, en estas páginas, no iba a ir tan lejos.

Repito que no puedo ser rebelde a la visión que he recibido. Reconozco en Jesús de Nazaret, como único camino, el poder de la Palabra eterna que se hizo ser humano. Pero, precisamente por eso, sé que la Palabra puede venir por caminos para mí ignorados, porque sé que su gracia y su poder no tienen límites. Por eso, seguiré proclamando mi fe como único camino, pero dialogaré con quienes proclaman su propia fe como único camino, y aun con quienes creen en algo pero no le llaman *dios*, y aun con quienes quieren creer y no saben que. Con todos aquellos que no se escudan en que da lo mismo creer cualquier cosa. Quiero oír lo que *les* dice. Quiero decirles lo que *me* dice. Quiero comprender lo que *nos* dice. Con nuestras verdades y nuestras paradojas. Con nuestras luces y nuestras penumbras.

### ***La regeneración del Espíritu***

Valoro lo que en sentido ha significado el CMI para la misión de la iglesia, como espacio de *diálogo ecuménico*, en los distintos niveles que el diálogo puede darse. Por eso considero que *si el CMI no existiera* (aun con todas sus limitaciones y necesidad de cambios) *tendríamos que inventarlo*. Y en esta hora no hubiésemos llegado a Harare para preguntarnos si debe continuar y como debiera continuar, sino que estaríamos *quién*, sabe en donde, luchando con los primeros pasos para crear *algo así como el CMI*.

Reconozco, también en esto, la resonancia de mi historia personal, por lo que para mí significó en el tiempo de mi formación ministerial. Mi visión se amplió

---

<sup>23</sup> Salmo 24 1

a través de los estudios sobre *la estructura misionera de la congregación local, la reflexión teológica sobre la tarea de evangelización, la iglesia en los rápidos cambios sociales*, el diálogo con los no cristianos y, en tiempos de represión, el acompañamiento en la afirmación de los derechos humanos.

En Santiago de Compostela, como en Harare, oí voces que profetizaban el fin del movimiento ecuménico. A mí me resulta difícil pensarlo, porque sé que Dios nunca deja inconclusa la buena obra que ha comenzado. De una manera u otra él hará cumplir su propósito. Aunque, sí, considero que podemos estar al final de un proyecto marcado por una manera particular de entender el camino de la unidad. Un proceso que podemos llamar *modelo de la unidad orgánica* (solía llamarlo *modelo burocrático*, pero resultaba muy negativo). En todo caso, estamos frente a una crisis, que como toda crisis es una posibilidad de transformación. Que nos abre el camino al que puedo llamar (por inspiración de la cita que sigue) *modelo de la regeneración de Espíritu*.

Una nueva etapa en la que pongamos entre paréntesis la unidad orgánica. No porque no crea que hay que realizar la unidad orgánica donde el Espíritu nos llama a hacerlo (y nos ha llamado a hacerlo en muchas ocasiones y no le hemos hecho caso), sino porque adivino en muchas añoranzas de unidad las sutiles tentaciones del poder institucional (ya ven que en ciertos temas mi pensamiento es recurrente).

En mi juventud, en los albores mismos del CMI, nos visitó, en nuestro seminario, W. A. Visser't Hooft, quien desde su cátedra nos orientó en el camino de la unidad. En su última conferencia nos dejó una cita de P. T. Forsyth, que guardo como uno de los criterios fundamentales para práctica ecuménica:

*"La unidad hace planes, no los planes la unidad. Ninguna coalición estratégica de la iglesia frente a un común anticristo puede lograrla, porque se sentirían más asustadas que atraídas hacia la unidad. Ni puede realizarse por simpática afinidad. Hace falta un poder creativo para edificar las iglesias en un templo santo. Tampoco se logrará por ninguna consideración sobre economía de nuestros recursos religiosos y aprovechamiento al máximo de nuestra maquinaria. Esto es sabio, pero la iglesia no vive de tal sagacidad, sino de la inspiración, o de algo más creativo aún: de la regeneración".<sup>24</sup>*

### ***Volverse como niños***

La regeneración es un volver a nacer, un *hacerse como niños*.<sup>25</sup> Debemos aceptar, delante de Dios, que somos como niños. ¿Qué es nuestra liturgia sino el titubeante levantar de la mano del niño hacia el rostro de mamá, como un gesto que

<sup>24</sup> En "La renovación de la iglesia" (Buenos Aires, ISEDET, Cátedra Carnahan).

<sup>25</sup> Mateo 18.3

*mamá entiende* y a veces *sólo mamá entiende*? ¿Qué es nuestra teología sino un balbuceo, muchas veces de términos incoherentes e incomprensibles, con los que el niño quiere expresar lo que piensa de mamá, con palabras que *mamá comprende* y a veces *sólo mamá comprende*? ¿Qué es nuestra ética sino las tímidas conductas como las que el niño ensaya para agradar a mamá, que *mamá valora* y a veces *sólo mamá valora*?

Pero, como no somos capaces de *volvemos como niños*, como somos tan soberbios como para no aceptar ser *dependientes de mamá*, queremos afirmarnos haciendo de nuestros titubeantes gestos, de nuestros balbuceos, de nuestras pobres conductas, normas absolutas e infalibles para los demás. Hasta que algún día el Señor nos recuerde que estamos poniendo sobre otros *cargas que nosotros mismos no somos capaces de llevar*<sup>26</sup>. Si no nos volvemos como niños, por el nuevo nacimiento del Espíritu, no podremos recorrer el camino de la unidad, con fidelidad y humildad, en un mundo que será distinto a cuanto conocimos.

---

<sup>26</sup> Mateo 23.4



#### Copyright and Use:

**As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.**

**No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.**

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

#### About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.